

**Viernes XXIII del TO**  
**Ciclo B**



13 de septiembre de 2024

1Cor 9, 16-19.22-27

Sal 83

Lc 6, 39-42

P. Eduardo Suanzes, msp

Por activa y por pasiva se nos insiste en los evangelios que el camino del seguimiento de Jesús pasa por *dejar de estar ciegos*. ¿Se acuerdan de aquella bienaventuranza? « *¡Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven!*»; esa bienaventuranza, adquiere un significado profundo que está más allá del contexto histórico de Jesús y se remonta hasta todos nosotros y nos cuestiona: « ¿Estoy ciego o veo?, ¿qué es **lo que** yo veo? ¿En realidad veo? En el centro de mí mismo, ¿qué es lo que veo? ¿A mí? ¿A Jesús?».

Ahora Jesús nos pregunta: « *¿Puede un ciego guiar a otro ciego?*» ¡Claro que Jesús sabe la respuesta! Y además sabe perfectamente lo que tú le contestarás. Pero el asunto no está en la respuesta que le podamos dar: el asunto se sitúa en que nos preguntemos si yo estoy ciego o no. Eso es lo que quiere Jesús que nos preguntamos.

Creo yo que no hay que creer en la trampa de que pensemos que lo que dice Jesús se circunscribe solo a los discípulos. Es cierto, ellos veían a Jesús físicamente, lo tocaban y respiraban su mismo aire. Bueno, más bien, creían que lo veían. En realidad no lo hicieron, porque al final lo dejaron solo. Después, cuando recibieron el Espíritu comprendieron y vieron perfectamente. Ahora, esta palabra se dirige con la misma intensidad a nosotros y provoca que en este tiempo nos empeñemos en salir de nuestra ceguera. Esta revelación se realiza en los pequeños, siendo la soberbia, el engreimiento, el obstáculo definitivo para permanecer en nuestra ceguera.

La razón por la que solo los pequeños y sencillos son capaces de ver lo que Dios revela es porque el mismo Dios se revela precisamente en lo pequeño, en lo escondido, en lo último: desde el pesebre hasta la cruz. No es posible *verle*, no es posible estar en la luz que en el evangelio Jesús proclama sobre nosotros si no somos capaces de entrar en su misma dinámica de revelación: la pequeñez, lo que no cuenta. El engreimiento propio que la soberbia rezuma actúa como un dique enorme para la luz.

Estamos de acuerdo que nadie quiere vivir en la oscuridad, estamos hechos para la luz, entendiendo por luz..., la verdad, la plenitud, la realización..., la felicidad. Nadie de este mundo quiere vivir en el error, en la oscuridad, en la ceguera de entendimiento, en la no plenitud, es un contrasentido. Por esta razón es que la luz se ha convertido, desde todos los tiempos, en un producto comercial que se vende a todo el mundo desde diferentes mercados, precisamente porque es la necesidad primera del ser humano: todos necesitamos vivir en la luz. Y he aquí que hay muchísimos vendedores de la luz. Hay quien te vende el éxito personal como la luz que iluminará tu vida; hay quien te vende el dinero como la moneda indispensable para llegar a la luz. Otros dicen que es el poder y el dominio

sobre los demás el camino necesario para alcanzar la felicidad; el sexo es otro de los paradigmas que se vende como luz, por eso es que la sociedad está tan impregnada de la venta de sexo al por mayor. ¡Hay tantos que te vende la luz!...

He aquí un cuento sufí<sup>1</sup> que trata sobre la condición humana.

Un maestro sufí había perdido la llave de su casa y la buscaba afuera, en el césped. Se puso de rodillas y comenzó a pasar sus dedos sobre cada hoja de hierba. Llegaron ocho o diez de sus discípulos. Le preguntaron, “—Maestro ¿qué sucede?

Él contestó, “—He perdido la llave de mi casa”.

Ellos preguntaron, “—¿Podemos ayudarte a encontrarla?”

Él respondió: “—Me encantaría”.

Así que todos se pusieron de rodillas y comenzaron a correr sus dedos por la hierba.

A medida que el sol se tornaba más caliente, uno de los discípulos más inteligentes dijo, “—Maestro, ¿tienes alguna idea dónde perdiste la llave?

El Maestro contestó, “—Por supuesto. La perdí en la casa”.

Por lo que todos exclamaron, “—Entonces, ¿por qué la buscamos aquí afuera?”

Él dijo, “—¿No es obvio? Aquí hay más luz”.

Y eso es exactamente lo que nos pasa. La sociedad actual busca la llave del tesoro fuera de la casa: la busca por diferentes caminos, en el dinero, en el poder, el tener, en el no ser un perdedor, en el sexo; en las alfombras rojas del éxito y la fortuna...Estamos en el pasto y hay que entrar en la casa.

Jesús fue el que dijo: «déjense de historias...yo soy la luz del mundo...el que se venga conmigo no vivirá nunca en las tinieblas...jamás estará ciego»

Cuando en distintos periodos, por ejemplo, nos retiramos para hacer un retiro, o unos ejercicios espirituales, ¿para qué lo hacemos? Solo por una razón: ¡Para que nos demos cuenta que estamos buscando en el pasto la llave que hemos perdido en la casa! Solo por eso. El asunto, la clave de todo retiro es que nos demos cuenta de que dentro de nosotros mismos, de nuestra casa más íntima, ahí y solo ahí se encuentra el secreto, la llave, la luz, la felicidad: porque ahí está Jesús esperándonos. Tener esa experiencia única es lo que se persigue. Y una vez experimentada, abrazarse a ella para no soltarla jamás, alimentándola día a día con más intensidad. Entonces veremos nuestras vigas y trabajaremos para quitarlas, y entonces sentiremos la necesidad de ayudar a nuestros hermanos a que quiten sus pajitas de sus ojos. Pero para eso hemos de ver, hemos de tomarnos de bruce con la luz que es Jesús.

¿De qué sirve tener ojos si el corazón está ciego? ¿A dónde iremos? ¿Cómo encontraremos la felicidad?. Tal vez lo que está esperando Jesús hoy de cada uno de nosotros es que le grite desde el alma lo que le dijo aquel otro ciego: «*¡Señor, que vea!*»

---

<sup>1</sup> El sufismo es una doctrina religiosa ascética y mística del islamismo, de carácter heterodoxo y panteísta, que se caracteriza por aspirar a la unión mística con Alá a través de un camino en el que hay que seguir sucesivas etapas.